

Más allá de sufrir y callar

Un bosquejo sobre la politización afrodescendiente en la Cuba decimonónica

Jochen Kemner

■ <https://doi.org/10.54871/ca23p10b>

Antonio Maceo, José Maceo, Quintín Banderas, Flor Emiliano Crombet, Agustín Rabí, Guillermo Moncada: al concluir la fallida primera guerra de independencia de Cuba de 1868 a 1878 estos hombres habían ascendido a posiciones de liderazgo entre los mambises, las huestes guerrilleras que lucharon para liberar Cuba del dominio español. Lo que tenían en común es que eran afrodescendientes y que habían nacido en la parte oriental de la Isla, específicamente la jurisdicción de Santiago de Cuba. Eran oriundos sobre todo del entorno rural de la segunda ciudad más importante de la isla. Los hermanos Maceo crecieron en la estancia de sus padres en Guanínicum de Lleonart. Crombet, por su parte, era hijo de un padre acaudalado de origen francés, dueño de una plantación en Hongolosongo. La motivación de esta generación de jóvenes afrocubanos, pertenecientes a la numerosa clase de los llamados “libres de color” en el oriente cubano, para unirse al “grito” de Carlos Manuel de Céspedes de tomar las armas contra el gobierno colonial, se explica por un largo y creciente proceso de concientización y politización que tiene como finalidad romper con las prácticas racistas del régimen esclavista y demandar sus derechos civiles como hombres libres.

En este artículo pretendo rastrear algunas de las manifestaciones más llamativas de la politización afrodescendiente que tuvo lugar en Cuba en el siglo XIX antes de la segunda y definitiva guerra de independencia que acabó con el orden colonial y llevó al establecimiento de la república. El objetivo es mostrar, de manera sucinta y selecta, los precursores de reclamos que se entienden en este libro como republicanismo negro, demandas por un trato igualitario y de la participación en los procesos políticos de la numerosa población de afrodescendientes libres en la Cuba colonial, principalmente en la región oriental. Esto ayuda a entender el contexto en el cual a principios del siglo XX se insertó en la temprana República un movimiento reivindicativo como el Partido Independiente de Color que dio continuidad y expandió el pensamiento antirracista, republicano en Cuba.

Primera mitad del siglo XIX

[...] pardos y morenos somos los que desempeñamos las artes mecánicas en el mayor grado de perfección, con admiración de los profesores de otras naciones ilustradas. Tenemos posesiones para vivir con nuestras familias, para nuestros talleres y para dar en arrendamiento indistintamente a los que carecen de ellas. Tenemos fincas rurales y siervos en los mismos términos que poseen estas propiedades los que componen la población entera del pueblo habano [...]. (Citado en Deschamps Chapeaux, 1971, p. 62)

Esta cita que el historiador cubano Pedro Deschamps Chapeaux rescató de un documento titulado “Justo sentimiento de pardos y morenos españoles de La Habana” de 1828 es probablemente una de las primeras manifestaciones escritas en Cuba en nombre de (una parte de) la población afrocubana. Lamentablemente, Deschamps no especifica dónde se encuentra este documento y no queda claro cuál era el objetivo de los autores al redactar el manifiesto o incluso si incluía alguna reclamación política.

No obstante, lo que resalta de este testimonio es por un lado el orgullo profesional que mostraban los autores, que Deschamps sitúa como miembros de la burguesía de color que se había formado en La Habana en la primera mitad del siglo XIX, conformada principalmente de artesanos y proveedores de servicios. Su desempeño laboral no solamente les proporcionaba los medios para sustentar a sus familias, sus habilidades también eran una fuente de prestigio, reconocido por viajeros extranjeros que visitaban la capital de la Isla. Por otro lado, indica también que se acogen a los valores y patrones de la sociedad colonial y se refieren con orgullo a sus numerosas propiedades —esclavos incluidos. ¿Iba la advertencia de que disponen de tantos bienes que otros grupos de la población (los peninsulares, los criollos blancos) a reclamar derechos políticos de representación y participación en las corporaciones políticas de la sociedad colonial? No lo sabemos.

En 1828, Cuba y Puerto Rico eran ya las últimas posiciones españolas en las Américas. Los demás territorios se habían liberado en largas guerras de independencia, en algunos casos con destacada participación de la población afrodescendiente (Andrews, 2007, pp. 148). Nada parecido había ocurrido en Cuba en la época de las revoluciones. Durante la década de 1790, cuando en Saint Domingue la minoría blanca de origen francés estaba perdiendo el control sobre el movimiento anticolonial que había puesto en marcha y luchaban contra los mulatos y negros libres por la hegemonía militar, las modestas demandas del mulato Nicolás Morales, pronunciadas en Bayamo en 1795, reclamando que se reconociera a la gente de color libre en Cuba la posibilidad de comprar el estatus de blancos mediante una licencia de “gracias al sacar” se convirtió en un inaceptable cuestionamiento del orden social establecido y fue reprimido.¹

¹ Conocedor de la decisión de la Asamblea Nacional Francesa de conceder la igualdad de derechos a todos los habitantes de las colonias, Morales se había enterado de la posibilidad de que las personas de color también pudieran alcanzar el estatus de sus conciudadanos blancos en Cuba mediante el decreto de Gracias al Sacar. En 1795 se introdujo este procedimiento en las colonias hispanoamericanas, y en 1801 se comple-

Aunque es posible reconstruir a partir de este incidente un ciclo de conspiraciones que se extendió a lo largo de la primera mitad del siglo XIX y en el que los afrocubanos fueron en la mayoría de los casos la principal fuerza motriz,² las condiciones sociales en Cuba antes de la imposición de la esclavitud masiva habían permitido a los mulatos y negros libres desarrollar una movilidad social ascendente que en muchos casos satisfacía sus aspiraciones personales, como se ve en la cita anterior. Sin embargo, este ascenso se percibía cada vez más, como había ocurrido en Saint Domingue, como una amenaza para el orden social establecido. Una y otra vez surgieron rumores sobre el origen no conforme a su posición social, de miembros de las familias del patriciado local cubano. Cuando el Auditor de Guerra de origen español don Antonio de Chozas se refirió airadamente en una reunión a los concejales del ayuntamiento de Santiago de Cuba como “mulatos o descendientes de tales y las que se dicen sus señoras unas pardas comunes y relajadas” (Bacardí, 1908-21, Vol. 1, p. 234), probablemente no se trataba nada más de un intento despectivo de descalificar a sus adversarios políticos.

Durante el largo proceso de mestizaje que se había producido en la Isla, los mulatos, cuarterones o tercerones pudieron integrarse individualmente en la sociedad sin tomar conciencia de pertenecer a una clase étnica separada y excluida (Leclercq, 2004, p. 423). Solo

mentó con un real decreto que establecía aranceles fijos. Según este, un mulato tenía que pagar 700 pesos para liberarse de su “estigma” social, los cuarterones hasta 1.100 pesos. La revuelta que instigó Morales tenía como objetivo obligar al Teniente Gobernador, la máxima autoridad española en la jurisdicción de Bayamo, a promulgar esta disposición. Por lo demás, no tuvo en su mente una revolución social más ambiciosa y rehusó, por ejemplo, buscar aliados entre los esclavos fugitivos y los cobreros sublevados en Santiago del Prado. Su plan fue traicionado por un miembro de la milicia de negros libres y Morales fue ejecutado tras una fuga fallida. Véase Franco (1974), pp. 93-100.

² Entre los cuales se cuentan las conspiraciones liderados por José Antonio Aponte en 1810 y 1812, los vínculos entre los grupos secesionistas masónicos de los “Soles y Rayos de Bolívar” y la “Gran Legión del Águila Negra”, y las actividades anticoloniales de León Monzón, capitán del Batallón de Morenos Leales en La Habana en 1839. Véase Yacou (1993), pp. 23-51; García Rodríguez (2003); Childs (2006); Franco (1974), pp. 125-190; Palmié (2002), pp. 79-158.

cuando la sociedad cubana de las plantaciones maduró en el marco de la segunda esclavitud (Tomich, 2004), la preocupación por una clara demarcación de las clases sociales adquirió un significado basado principalmente en el color de la piel, cuya intención era reforzar la superioridad de los blancos en una sociedad basada en la esclavitud africana (Paquette, 1988, p. 112)³, como se expresó en los escritos racistas de los precursores del nacionalismo cubano del siglo XIX, tales como Francisco de Arango y José Antonio Saco (Kemner, 2019).

Una breve ventana para cambiar este rígido orden social que se cimentó con la consolidación de la sociedad esclavista se dio a mediados de los años treinta a raíz de acontecimientos políticos que tuvieron su origen en la metrópolis. En agosto de 1836, un grupo de sargentos sublevados obligaron a la regente María Cristina de Borbón a reinstaurar la Constitución de Cádiz de 1812 y a nombrar un gobierno liberal. Cuando estas noticias llegaron a Cuba, el gobernador del departamento oriental de la Isla, Manuel Lorenzo, decidió que esta medida debería aplicarse también en los territorios ultramarinos de España. Sin embargo, el gobierno metropolitano no tenía la intención de extender la vigencia de los derechos civiles, que garantizaba la constitución a Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, por lo que el capitán general de Cuba, Miguel Tacón, como representante máximo del orden colonial, anulaba la disposición del gobernador del departamento oriental. Hubo presiones en el Oriente para desafiar a Tacón.

La breve crisis constitucional que originó este enfrentamiento entre las autoridades metropolitanas fue esencialmente una disputa entre las élites blancas en la Isla, pero pudo haber resultado en un movimiento más significativo y destapaba que las aspiraciones políticas iban más allá de las clases dominantes. Lorenzo pudo haber entrado en una resistencia abierta, armando a las milicias de pardos y morenos libres, para oponerse a Tacón. Hubo insinuaciones que

³ En las crónicas de Emilio Bacardí aumentan a partir de la década de 1770 las entradas que hablan de que ciudadanos de Santiago de Cuba solicitan el reconocimiento formal de su “ascendencia noble y pura”.

los líderes de estas corporaciones le iban a apoyar activamente, si se lo pedía.⁴ Pero los rumores que corrieron de que Lorenzo planeaba abolir la esclavitud fueron suficientes para que los propietarios de las plantaciones retiraran su apoyo al movimiento faccioso y persuadieran al gobernador de no movilizar las fuerzas populares en su empeño de salvar el orden constitucional.⁵

Lorenzo se retiró y retornó a España. Sin embargo, durante este breve lapso del “otoño liberal” que duró apenas unos meses, el departamento oriental cubano experimentó una libertad de expresión y de asociación sin precedentes en la isla. En los periódicos se leían opiniones nunca antes vistas en la vida política cubana (Navarro, 1991, pp. 131-143). El *Diario Constitucional* de Santiago de Cuba publicó una conversación entre un terrateniente acaudalado y un guajiro fácilmente identificable como mestizo, sobre la creación de una milicia ciudadana. La escena —real o ficticia—, revela cómo el entusiasmo inicial de la clase alta criolla por el orden liberal de la Constitución se expandió hacia las clases populares. Olga Portuondo, que encontró este testimonio, lo interpreta como una de las primeras muestras de una conciencia política dentro de la población rural multiétnica de la Isla, que más adelante iba a ser la clase en la que se apoyaba en gran medida la rebelión independentista (Portuondo, 2003, pp. 158-167).

Al igual que en los mencionados episodios sediciosos anteriores, la crisis constitucional de 1836 tuvo un alcance limitado. Debido a la rudimentaria infraestructura y la falta de caminos, la mayor de las islas antillanas aún no estaba integrada, y las noticias al igual que las personas circulaban lentamente. Lo mismo ocurrió con el incidente

⁴ Archivo Nacional de Cuba (ANC) (1836). Miscelánea de Expedientes. Legajo 21. Expediente 3.

⁵ Al principio, el pronunciamiento fue impulsado por la actitud de gran parte de la élite criolla local y del ejército español. Esta aprobación empezó a esfumarse cuando el orden social se vio amenazado y la radicalización del proceso se hizo más evidente, planteando la posibilidad de una guerra en la que podrían perderlo todo. Una vez más el miedo racial ante una sublevación de la población negra aportó las aspiraciones políticas de los criollos blancos en Cuba. Véase Navarro García, 1991, pp. 149.

que más en peligro puso al orden colonial en Cuba en la primera mitad del siglo XIX: la llamada “Conspiración de la Escalera” de 1843, que se expandió esencialmente en la zona entre La Habana, Matanzas y Cárdenas.

A raíz del descubrimiento de un fallido levantamiento masivo de las dotaciones de esclavos en varias plantaciones azucareras en la región noroccidental a finales de 1843, el orden colonial exployó todas sus medidas represivas dirigidas principalmente contra la clase propietaria afrocubana libre en las ciudades portuarias occidentales.⁶ Setenta y ocho sentencias de muerte, innumerables deportados, y decenas de esclavos, negros y mulatos libres torturados hasta la muerte fueron también expresiones de una paranoia que se había apoderado del dominio colonial español en Cuba.⁷ Lo más novedoso y amenazante de este incidente era la combinación de fuerzas que habían conspirado contra España: facciosos abolicionistas británicos, mulatos libres que ya no estaban dispuestos a aceptar su discriminación, negros entusiastas de seguir el ejemplo revolucionario de Haití, y esclavos desesperados por romper sus cadenas.

Bajo el mando del nuevo capitán general, Leopoldo O’Donnell, la comisión militar encargada de restablecer el orden y castigar a los responsables, tomó medidas drásticas contra este movimiento de insubordinación en ciernes. El catálogo de las medidas emprendidas tras terminar la persecución fue diseñado para relegar, para siempre, a la población de color a su lugar subordinado en la sociedad

⁶ “La Escalera”, o el “Año del Cuero”, fue del acto de violencia racista más cruel de la historia cubana, solo superado después por la masacre perpetrada en 1912 a los miembros y simpatizantes del Partido Independientes de Color. Durante mucho tiempo se discutió la existencia real de la conspiración. Sin embargo, en un estudio detallado, Paquette desentrañó las complejas interrelaciones y los objetivos de los divergentes actores involucrados, como los abolicionistas británicos y los conspiradores cubanos libres y no libres, negros, mulatos y blancos. Véase también Rita Llanes Miqueli, 1984; Labarre, 1986, Curry-Machado, 2003.

⁷ Según Vidal Morales y Morales, 1901, p. 173 hubo 1.834 condenados, de los cuales 590 eran esclavos, 1.232 “libres de color” y 14 blancos. Otros 1.230 fueron interrogados, pero absueltos. Estos datos no incluyen a todos aquellos que fueron víctimas mortales de las torturas impuestas.

esclavista. Esto significaba, entre otras cosas, la expulsión forzosa de todos los mulatos y negros libres nacidos en el extranjero, incluido los emancipados (por supuesto, solamente después de haber cumplido con sus obligaciones laborales).⁸ En el caso de los afrourbanos nacidos en la Isla, se reforzó el control y la vigilancia; infracciones, especialmente si estaban dirigidas contra blancos, debían ser castigadas con severidad y sin indulgencia. Fantasmas como el del legendario Makendal, el sacerdote del vudú haitiano que había amenazado con asesinar a todos los blancos de la colonia francesa Saint Domingue empleando magia africana y veneno, resurgieron en Cuba y se manifestaron en la prohibición de emplear a personas de color en las farmacias para mantenerlas alejadas de posibles preparados tóxicos (Paquette, 1988, p. 274).

De esta manera, la represión del año del cuero acabó con una generación de exitosos y destacados hombres libres de color en el oeste de la isla, entre ellos el destacado poeta Plácido que fue fusilado. En el plazo de un año, 739 mulatos y negros libres habían abandonado voluntariamente la isla, dirigiéndose a México, Europa, Estados

⁸ Como “emancipados” se nombraba aquellos africanos liberados por la Marina Británica que iban a ser llevados clandestinamente a Cuba y Brasil, una vez que tanto España como Portugal habían firmado convenios con Inglaterra que prohibían la trata transatlántica de esclavos. Si estaban ya cerca de sus destinos, estos buques negreros fueron llevados a La Habana y Río de Janeiro donde se habían instalado comisiones mixtas conformadas con igual representación de los dos países contratantes para revisar los casos. Si resultaba que los africanos aprehendidos habían sido efectivamente secuestrados en violación de las prohibiciones de la trata de esclavos, eran liberados y se les otorgaba la condición de emancipados. Entonces eran libres de *iure*, pero no había ninguna provisión de retornarles a sus puntos de embarque ni para cubrir su sustento. Por lo tanto, se les obligó a firmar contratos de trabajo en Cuba y Brasil. Al principio, los patrones deberían ser institucionales, pero más tarde también “honorables” dueños de plantaciones podían firmar contratos con los emancipados, a los que debían servir con el estatus de aprendices, recibiendo instrucción religiosa como compensación antes de ser finalmente libres después de siete años. El sistema era propenso a la corrupción y considerables abusos, por lo que la situación de los emancipados era a menudo peor que la de los esclavos nominales, ya que no encarnaron ningún valor y su muerte por exceso de explotación no suponía ninguna “pérdida de capital” como en el caso de un esclavo. Véase Roldán de Montaud, 1982; y Conrad, 1973.

Unidos o África (Deschamps Chapeaux, 1981, pp. 25-26). Sus bienes fueron confiscados y perdidos para siempre (Cue Fernández, 2007).

El tribunal militar instaurado para perseguir a los culpables investigó también los posibles vínculos de los responsables de la conspiración con sospechosos en otras regiones de la isla, pero sin lograr resultados reveladores. Lo más llamativo fue descubrir que uno de los arrestados en La Habana, Pedro Pompe, tenía contactos con personas de color libre en Santiago de Cuba, desde la época en que tenía una barbería en aquella ciudad.⁹ A través de las diligencias instruidas, las autoridades dieron con el esclavo mulato José Mateo González, Cipriano Jiménez, y el “chino” Timoteo. Sin embargo, al final de la investigación, el fiscal se convenció de que no formaban parte de una red conspirativa más amplia y que las acusaciones se basaban simplemente en una declaración falsa de Timoteo, quien, como esclavo prófugo, pretendía escapar de su propio castigo al exponer una amenaza mayor.¹⁰

A pesar de que no se demostró ninguna conexión directa de estos sospechosos con los conspiradores involucrados en los eventos de La Escalera, el fiscal ordenó que se vigilaran las actividades de los absueltos González y Jiménez. Las autoridades eran muy conscientes de que, el Oriente, con su peculiar estructura demográfica, su amplia población de color libre y su proximidad a Haití y Jamaica —donde la esclavitud había sido abolida y donde en caso de la antigua colonia francesa, los negros incluso gobernaban—, ofrecía un terreno especialmente propicio para movimientos sediciosos. En 1845 hubo varios fusilamientos de esclavos prófugos en el cuartón Hongolosongo y el cronista Bacardí menciona otra conspiración de esclavos, sin entrar en detalles en cuanto a su envergadura (Bacardí, 1908-1921,

⁹ Según el cronista Bacardí, 1908-1921, Vol. II, p. 348, Pompe era un negro libre, dentista y súbdito británico. También en La Habana hubo dos dentistas de color involucrados en la Conspiración de la Escalera, Carlos Blackely oriundo de Charleston, Carolina del Sur y Andrés Dodge. Ambos fueron ajusticiados. Véase Deschamps Chapeaux, 1971, pp. 157-161.

¹⁰ ANC, Fondo Comisión Militar, Legajo 63, Expediente 1 (1844).

Vol. II, pp. 402-405). El clima de enfrentar una amenaza constante de parte de la población subalterna no se calmó. En el mismo año de la represión de la Escalera, el comerciante español don José Oñate había mandado una carta a la Audiencia de Puerto Príncipe advirtiéndole que tuvo noticias de una asamblea que reunía a 1.200 negros, entre criollos y africanos (bozales). Según Oñate, el objetivo oficial de esta reunión era constituir un cabildo. La elección del “rey” cayó en un tal Miguel Linares, del que se dijo que era conocido desde hacía tiempo como un alborotador. El presidente de la Audiencia, García del Sieno, consideró tan importante esta carta que la remitió, con algunos comentarios, al capitán general O’Donnell. Al igual que Oñate, señaló especialmente el peligro de una asociación formada de criollos y africanos, pues:

El menosprecio con que hasta el presente han mirado los negros criollos a los bozales ha sido un elemento poderoso para garantizar el orden, y es muy grande imprevisión el tolerar que se relaje ese resorte. Un gobierno avisado debe fomentar ese principio de desunión, si bien por medios indirectos, eficaces, para que lejos de disminuir, vaya en aumento.¹¹

García del Sieno confirmó que Linares había conspirado por la independencia de Cuba ya en 1823 y quería liberar a los esclavos. En respuesta, O’Donnell ordenó una supervisión aún más estricta de todos los cabildos y el cumplimiento de las ordenanzas que mandaron la división entre esclavos y libres, criollos y africanos, y entre miembros de diferentes naciones africanas.¹²

¹¹ ANC, Gobierno Superior Civil, Legajo 96, Expediente 13877 (1843).

¹² Al ponerlos [las medidas] V.E. en practica debe procurar especialmente que nunca las reuniones de los negros sean numerosas que por ello no permitir que se mezclan las de naciones diferentes, y si las de una misma formasen un cabildo ó reunión muy crecido podrá dividirle, en ello no deben mezclarse los negros libres con los esclavos, al contrario debe detenerse y fomentarse la aversión o antipatía que entre ellos existe por la diferencia de sus derechos y posesión de modo que la barrera que hasta ahora los ha separado se conserva y aún fortifique”, Carta de O’Donnell al gobernador Cayetano de Urbino, 8 de noviembre de 1843.

El clima represivo contra la población afrodescendiente después de La Escalera acabó también con una de las experiencias políticas más extrañas de la Cuba colonial, el gobierno local que durante algunas décadas estuvo en manos de antiguos esclavos en la localidad minera de El Cobre, situada a 16 kilómetros de Santiago de Cuba; la decadencia de la explotación del mineral precioso que empezó en el temprano siglo XVI con la llegada de los Welser a Cuba llevó al abandono del asentamiento y en consiguiente, de los trabajadores que habían sido esclavos reales. Estos se creyeron en adelante libres y únicamente prestaron unos pocos días al año sus servicios para terminar con la construcción de las fortificaciones en Santiago de Cuba, puesto que el objetivo de su esclavitud ya no existía. Las peculiaridades demográficas de la villa quedaron reflejadas en el censo de 1827, según el cual, la población se había reducido a 649 personas, entre ellas solamente 41 blancos, —la mayoría de los cuales eran extranjeros y, por tanto, inelegibles como candidatos para cargos públicos—. El gobierno local, que se constituía en un medio consejo, estaba en manos de un grupo selecto de negros y mulatos respetables (Roldán de Montaud, 1985).

Esta situación cambió cuando la Compañía Consolidada con sede en Londres, adquirió en 1830 los derechos de explotación de las minas. En la reanudación de las actividades de extracción mineral también participaron dos empresas formadas por accionistas locales. La consecuencia inmediata fue un significativo aumento de la población, además de algunos trabajadores británicos e inmigrantes de las islas Canarias. Al principio se siguieron empleando predominantemente esclavos en la minería, sin embargo, pronto se contrataron también trabajadores chinos. Esta reactivación económica provocó una serie de conflictos, principalmente entre los antiguos habitantes afrodescendientes libres —que querían defender su modo de vida tradicional y sus derechos—, y las empresas mineras. El conflicto terminó económicamente con la victoria de las empresas mineras, simbolizada por la apertura de la línea ferroviaria Cobre-Santiago de Cuba, y políticamente con la liquidación

de las estructuras del autogobierno local, que ya desde hace mucho tiempo había sido percibido como una indeseada anomalía en el orden administrativo de la isla. El capitán general Valdés informó a Madrid de esta forma de su decisión de acabar con los regentes afrodescendientes:

Las ocurrencias me han proporcionado la ventaja de hacer desaparecer un ayuntamiento de personas de color, único de su especie y escándalo de esta isla [...] y es muy importante procurar que cualesquiera que sean las resoluciones ulteriores, jamás vuelva a ponerse en escena semejante contrasentido. (Citado en Roldán, 1985, p. 137)

En vista de las dificultades de encontrar candidatos adecuados para asumir los cargos municipales en una localidad habitada principalmente por mulatos, negros y muchos extranjeros, los regidores elegidos del medio consejo permanecieron en sus puestos hasta 1844. Definitivamente se acabó con el gobierno local en manos de negros y mulatos durante la administración del capitán general O'Donnell que mandó sustituir el ayuntamiento por una Junta Municipal al retirar el título de villa a El Cobre.

Incidentes como La Escalera demuestran hasta qué punto las autoridades españolas de la isla se sentían amenazadas por la población afrodescendiente, a pesar de la relativa calma que reinaba en la Isla. En cuanto se insinuó algún malestar en la población, inmediatamente apareció el icono del miedo, la revolución de Haití, que se había convertido en un símbolo de la destrucción bárbara de una próspera colonia europea. Para prevenir que algo así pudiera repetirse en su joya caribeña, España implementó una amplia red de espías en las islas vecinas que informaban regularmente sobre posibles complots contra la seguridad de Cuba, prestando especial atención a los contactos entre la población afrodescendiente.¹³ Así descubrieron que, el cónsul británico David Turnbull encargó personalmente que emisarios de Jamaica difundieran en

¹³ ANC, Fondo Asuntos Políticos, Legajo, 43, Expediente 17 (1847).

Cuba información sobre la libertad de la población negra en la isla vecina tras la abolición de la esclavitud, y se prestó especial atención a estas conexiones.¹⁴

En términos generales, en vísperas del estallido de la primera Guerra de Independencia, seguía prevaleciendo un ambiente de sospecha y miedo, en el cual se perseguían incluso simples actos delictivos como posibles delitos políticos (Llaverías, 1929; Collazo, 1912, p. 83). En junio de 1867, las autoridades recibieron noticias de una nueva conspiración de negros libres, esta vez en El Cobre que, una vez más, supuestamente planeaban liberar a los esclavos de las plantaciones de café de los alrededores, con la finalidad de armarlos y hacerlos marchar hacia Santiago de Cuba. Algunos sospechosos fueron asesinados, otros detenidos (Maia Mato, 2019). También, se les relacionaba con un motín en la cárcel de Santiago de Cuba en octubre de 1867, en el que se fugaron más de 200 prisioneros, la mayoría afrodescendientes. A pesar de que muchos prófugos fueron recapturados inmediatamente, catorce de los líderes identificados fueron condenados a muerte y otros 65 a diez años de prisión.¹⁵ Por sí solos, estos acontecimientos pueden parecer insignificantes, en suma, demostraron que España no se podía fiar de la lealtad de una parte significativa de la población cubana.

¹⁴ Según Ferrer de Couto, 1864, pp. 78-89, fue el propio cónsul inglés Richard Turnbull que organizó y financió el viaje de cuatro hombres de color libres cubanos a Jamaica. Allí debían conocer las condiciones de la colonia británica después de la abolición de la esclavitud y, a su regreso, contar a los cubanos de color las bondades de la situación de los negros y mulatos en la isla vecina. Sin embargo, gracias a la omnipresente vigilancia a la que estaban sometidas todas las actividades del cónsul, el gobierno cubano impidió que los emisarios regresaran a Cuba.

¹⁵ ANC, Fondo Asuntos Políticos, Legajo 56, Expediente 8, Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba. Fondo Gobierno Provincial, Legajo 232, Expediente 7 (1867). Detalles de este incidente revelan Portuondo (2003), pp. 264-273 y Maia Mato (2019), pp. 107-112.

La guerra de los diez años

Hasta qué punto hubo una conexión entre estos incidentes y los preparativos de rebelión —que miembros de la clase alta criolla oriental iniciaron después de que sus expectativas de reformas se vieran frustradas con el decepcionante fracaso de la Junta de Información—, es imposible de aclarar. Es poco probable que hubo contactos directos entre Carlos Reginfo, Fernando Guillet, Cecilio Garzón y los demás condenados por los sucesos en El Cobre con las camarillas conspirativas en torno a Francisco Agramonte, Carlos Manuel de Céspedes y Pedro Figueredo (Portuondo, 2003, p. 273; Zeuske, 2004, p. 406). Pero cuando los terratenientes criollos del entorno de Céspedes dieron por fin la señal de la sublevación con el Grito de Yara, fueron los campesinos de las regiones montañosas de Oriente y de la provincia de Puerto Príncipe los que se unieron a los rebeldes, poniendo en marcha un impulso propio que fue responsable de que esta conspiración no fuera cortada de raíz como otras muchas anteriores.

Ada Ferrer (1999) y Volker Mollin (2002) merecen crédito por haber dado a esta guerra colonial la importancia que se merece, pues fue largamente olvidada o reducida a una mera prehistoria de la “verdadera” Guerra de la Independencia de 1895 a 1898 (“la guerra necesaria”). En particular, rompen con un retrato fuertemente personalizado y heroizante de la figura de Céspedes, que también caracteriza la obra monumental de Ramiro Guerra. El relato de Mollin sobre los procesos que condujeron al Grito de Yara y el análisis de Ferrer sobre los conflictos en el seno del bando rebelde explican de forma convincente por qué Cuba contribuyó tan tardíamente a la “era de las revoluciones” y por qué, en ese momento, las condiciones internas de la sociedad esclavista seguían impidiendo el éxito de la gesta independentista.

Aunque el centro de los movimientos del ejército insurrecto fueron las provincias de Oriente (donde la esclavitud era menos significativa y se caracterizaban por una población predominantemente

blanca), no es una coincidencia que muchos de los líderes militares del ejército mambí en esta guerra pertenecían a la capa de los afro-cubanos libres que crecieron en y alrededor de Santiago de Cuba.¹⁶ Hayan sido o no abolicionistas convencidos, desde el principio un discurso totalmente nuevo caracterizó las declaraciones públicas de los líderes rebeldes en torno a Céspedes, Agramonte o Cisneros Betancourt: declaraban la igualdad de todos los cubanos por encima de las divergencias raciales. Todas las diferencias anteriores debían subordinarse al objetivo de “romper el yugo colonial” (James Figarola, 1999). Mientras que los miembros del patriciado criollo de las provincias insurgentes esperaban del éxito del movimiento independentista principalmente poder participar en el ejercicio del poder y conseguir mejores condiciones económicas, poniendo fin a la extracción de las riquezas generadas en la isla en beneficio de las arcas españolas, el principal motivo de los mulatos y negros libres para sumarse a la sedición consistía en eliminar las medidas discriminatorias en una república libre y soberana. El surgimiento del liderazgo de militares afrocubanos fue posible no solo por la afluencia masiva que el ejército rebelde experimentó desde estos círculos, sino también por el hecho de que los hacendados y profesionales liberales tendieron desde el principio a mantenerse al margen de la revolución, a pesar de cierto entusiasmo de la “generación de los salones” como Donato Mármol y Pío Rosado (Ferrer, 1999, pp. 55-56). Este vacío fue inmediatamente llenado por jóvenes rebeldes como los hermanos Maceo, Policarpo Pineda (Rustán), Guillermo Moncada o Quintín Banderas. No solo es destacable el hecho de que ascendieran a puestos de liderazgo, sino sobre todo la relativa rapidez con la que lo consiguieron. Los conceptos de anticolonialismo, antirracismo y anti-esclavitud desarrollaron un impulso propio, que no pudo ser controlado o atajado

¹⁶ En las cinco jurisdicciones donde el ejército rebelde pudo asentarse y resistir a los ataques del ejército español y sus compañías leales, Las Tunas, Bayamo, Manzanillo, Jaguaní y Holguín, más del 90 por ciento de la población era libre y dos tercios eran blancos. Véase *Noticias estadísticas...* de 1862.

por los fundadores intelectuales del movimiento independentista (Ferrer, 1999, p. 27).

El transcurso de la Guerra Grande y el papel que los afrocubanos desempeñaron en ella revelan rupturas y continuidades. En las economías rurales del oriente, en Bayamo, Baracoa, Holguín o Tunas, aisladas en gran medida de la economía exportadora, se había formado una base social constituida principalmente por una población rural blanca, pero en la que también se integraban familias campesinas mulatas y negras y de las que nacieron muchas relaciones interraciales (Lebroc Martínez, 1992, p. 412). La preocupación de estas amalgamas sociales no era tanto por la pérdida de la preeminencia social o la limpieza de sangre, sino se basaba principalmente en el temor a una mayor expansión de las plantaciones esclavistas y la creciente presión fiscal de la política española (Moreno Fragnals, 1995, p. 233). En este sentido, grupos que apoyaban la insurrección no tenían ningún problema con las declaraciones abolicionistas y la demanda de igualdad de trato a mulatos y negros en las filas del Ejército Libertador y en el territorio de la Cuba Libre.

Sin embargo, explotar los “miedos raciales” latentes habidos entre la población criolla blanca de la Isla era una de las herramientas más eficaces de la propaganda española que llevó al fracaso del primer movimiento independentista. En la medida en que la propaganda (cuyo mensaje principal era que el conflicto era una “lucha racial”), tuvo éxito —expresado en el aumento de las desertiones entre los insurrectos—, los soldados de color dominaban cada vez más en las filas del Ejército Libertador. Esto, a su vez, aumentó de nuevo el número de los que depusieron las armas o desertaron inmediatamente, e influyó en la estrategia militar y política de los rebeldes, ejemplificada en la falta de apoyo a la campaña de Maceo de invadir el occidente de la isla (Ferrer, 1999, p. 59). Zeuske resume así las razones del fracaso de la rebelión anticolonial:

La Guerra de los Diez Años fracasó por la falta de coordinación entre las estructuras centrales, el regionalismo y el localismo de los jefes

militares, los conflictos sobre el fondo social de la transformación (esclavitud, cuestiones raciales y agrarias), los problemas sobre la forma de gobierno y el conflicto entre militares y civiles. (Zeuske, 2004, p. 425)

Guerra Chiquita y tregua fecunda (1878-1895)

Durante el epílogo de la primera guerra de independencia, “la Guerra Chiquita” (1879-81), estos conflictos destacaron aún más. Es significativo que esta vez la iniciativa inmediata no partiera de un hacendado criollo de clase alta, sino que fuera el general negro Quintín Bandejas (luego de un enfrentamiento con fuerzas policiales españolas en la ciudad de Santiago de Cuba), el desencadenante de este renovado conflicto que, sin embargo, apenas desarrolló trascendencia militar. Ferrer resalta la importancia de este breve brote de resistencia renovada —o continuada—:

Esta nueva guerra por la independencia política de España fue —como la anterior— una guerra por los roles y el estatus de los esclavos y ex esclavos en una nueva república cubana. Pero también se trató centralmente del ejercicio del poder político negro y mulato dentro del movimiento nacionalista y de la república que pretendía erigir. Y fue en parte la lucha por los límites de ese poder lo que hizo que el nuevo intento contra España fuera tan frágil y de corta duración. (Ferrer, 1999, p. 72)

La Guerra Chiquita confirmaba un movimiento insurrecto en Cuba, iniciado y liderado por la población afrodescendiente que no consiguió formar una alianza interracial, anticipándose a la propaganda española de dar al movimiento independentista un rostro que en sus inicios no tenía. Las divisiones surgieron de una continua falta de consenso sobre la forma que había que dar a una Cuba libre y soberana. El igualitarismo todavía no era una norma universalmente aceptada entre los grupos anticoloniales.

La Guerra de los Diez Años no terminó con una victoria triunfal del bando realista, sino con unos acuerdos de Paz, en los cuales España también hizo concesiones importantes que posibilitaron cierta apertura política y representación de la población cubana en las tomas de decisiones. Entre las medidas adoptadas por el gobierno de la Restauración se encuentran la admisión de diputados de las colonias en las Cortes, el establecimiento de parlamentos provinciales y el derecho a organizar partidos políticos. Pronto se estableció una constelación bipartidista, que se puede reducir de forma simplista a la oposición entre la conservadora y pro-española “Unión Constitucional” y el “Partido Liberal Autonomista”, compuesto políticamente por antiguos reformistas y rebeldes que habían desertado pronto en los primeros años de la guerra, así como socialmente por la clase media burguesa criolla (Instituto de Historia, 1996, pp. 230-239).

Al frente de estos partidos políticos ya no estaban, como en el Cabildo municipal, las familias del antiguo patriciado criollo, sino, miembros de la burguesía, intelectuales y comerciantes. La base social del Partido Liberal estaba en las clases medias urbanas, los artesanos, la burguesía mercantil y los pequeños propietarios. Cuando en 1878 se fundó la sucursal del Partido en Santiago de Cuba, fue elegido como uno de los miembros de la junta directiva el maestro carpintero negro Lucas Mesa.¹⁷ Otras personalidades destacadas de la comunidad afrocubana santiaguera de esta época son Néstor Rengifo y Sánchez y Pedro Beola, quienes también aparecen en los documentos fundacionales del partido. Emilio Bacardí, que fue elegido para liderar el primer comité ejecutivo de los liberales, relata los conflictos que acompañaron a la elección de los concejales, demostrando que la clase media urbana ya no estaba dispuesta a ser excluida de los puestos políticos relevantes (Bacardí, 1908-21, Vol. VI, pp.

¹⁷ Lucas Mesa era hijo de la africana María Apolonia Mesa y de Santiago Mesa, probablemente también un esclavo africano. Era uno de los 126 negros libres alistados en 1859 cuando se reorganizaron las *milicias de color*. Véase AHPSC, Legajo 487, Folio 210 (1854); Legajo 547, Folio 80 (1865) y Legajo 309, Folio 11 (1877). Además, *El Redactor*, 13-09-1859, p. 2.

242-246). Al año siguiente, cuando se reunió el primer ayuntamiento elegido por voto popular, uno de los 26 concejales era afrocubano, el maestro carpintero mulato Luis Ramos.

Aprovechar las libertades que se abrieron tras la Paz del Zanjón fue una forma como los mulatos y negros buscaban participar en el renovado sistema político. Aunque su participación fue inicialmente efímera, ejemplifica la transición final de la sociedad cubana de un modelo de estratificación sociorracial estamental a un sistema de clases burguesas.

No obstante, los afrocubanos seguían participando además en todo tipo de actividades conspirativas. Ya en septiembre de 1879, Néstor Reginfo y Sánchez, miembro del Casino Popular y del Partido Liberal, fue detenido por motivos políticos poco después del estallido de la Guerra Chiquita y fusilado en un supuesto intento de fuga (Bacardí, 1908-21, Vol. VI: p. 288 y p. 292). Incluso cuando Guillermo Moncada, José Maceo y los demás líderes de la Guerra Chiquita dispusieron las armas en junio de 1880 y aceptaron exiliarse, la situación no se calmó. En diciembre de ese año, el gobernador Camilo de Polavieja anunció que había descubierto otra conspiración. Estos acontecimientos, en gran parte ignorados por la historiografía, le parecieron tan significativos que hizo imprimir su correspondencia y sus testimonios sobre el asunto en forma de un libro (Anónimo, 1881).¹⁸

El expediente de Polavieja revela la rígida vigilancia que había sometido las actividades de la población de color en el este de la isla. Los espías de las fuerzas policiales estaban activos en todas partes, especialmente vigilando a aquellos que se habían reintegrado a la sociedad al concluir la primera guerra de independencia. Durante meses, Polavieja recopiló información sobre los posibles participantes en la conspiración, entre ellos toda la cúpula del “Casino Popular” y también el concejal Luis Ramos, de quien se decía que había fundado

¹⁸ Según Alfredo López Serrano, 2001, p. 145, el propio Polavieja era el autor de este panfleto.

en 1877 una logia masónica llamada “El Oriente de Cuba y las Antillas”, que había sido fundamental en la planificación de la Guerra Chiquita.¹⁹ El reciente movimiento sedicioso, según el relato de Polavieja, se extendió por toda la provincia con participantes en El Cobre, Caney, Las Yaguas, Songo, Palma Soriano y San Luis. Los conspiradores se mantuvieron en estrecho contacto con Antonio Maceo que se encontraba en la isla vecina de Jamaica. Incluso la comunidad de exiliados cubanos de Cayo Hueso, en Florida, estuvo involucrada en esa red conspirativa que se formaba alrededor del “Casino Popular”, un club de beneficencia de la población afrosantiaguera que recientemente se había dividido en dos secciones. Mientras que los mulatos en torno a Pedro Domínguez, Pedro Beola y los hermanos Rimbau estaban en estrecho contacto con el partido liberal, los negros con Lucas Mesa y Lorenzo Carbonell en la cabeza buscaban aproximarse a la conservadora Unión Constitucional. Sin embargo, en realidad, según Polavieja, estas disputas no eran más que una táctica de distracción destinada a engañar a las autoridades. El golpe decisivo iba a tener lugar con motivo de la inauguración de la nueva sede del club de la Asociación de Bienestar Negro. Para celebrar este evento, se había invitado a todos los dignatarios de la ciudad a asistir a una pieza teatral. En el informe que mandó a Ramón Blanco, Marqués de Peña Plata y Capitán General en La Habana, Polavieja explicó:

El movimiento había de empezar aquí a la llegada de Maceo y pensaban que hubiera principio en una función que en el teatro daban los negros, con motivo de la apertura del nuevo Casino y a ella debían ser invitados todas las autoridades; una vez empezada la representación proyectaban cerrar las válvulas de salida en el gasómetro, dejando la población sin luz, acometiendo dentro del teatro a las autoridades, mientras simultáneamente empezaba fuera el movimiento. (Anónimo, 1881, p. 11)

¹⁹ Archivo General de Indias (AGI), Fondo Diversos, Archivo del Teniente General D. Camilo Polavieja. Legajo 8, Ramo 1.46.

La intención de la emboscada planeada se expresó aún más explícitamente en un artículo del periódico *La Época*. La redacción es casi la misma que la utilizada por Polavieja en su carta confidencial al Capitán General, salvo la última frase: “Su intento era asesinar primero a las autoridades, caer en seguida sobre la raza blanca, que odian hasta el exterminio, y lanzarse después al campo capitaneados por Antonio Maceo, Máximo Gómez —y otros caudillos cuyo desembarco esperaban antes de emprender el golpe—”.²⁰ Nuevamente se imputaba a los conspiradores estar guiados por el odio racial, y planear una masacre a toda la población blanca. Invocar una segunda revolución haitiana servía como la herramienta de propaganda más poderosa del gobierno colonial español para desacreditar cualquier movimiento en su contra. En realidad, la composición étnica de los conspiradores no era en absoluto tan clara, como admitió el propio Polavieja. Hubo varios blancos entre los sospechosos, pero el gobernador no los imputó, explicando que “no he querido tocarlos porque creo altamente político, que la mayoría de ellos no ven en el fondo de ella la independencia, sino la cuestión social y se dejan, por lo menos en esta Comandancia general, del elemento de color, único apto para sufrir las penalidades de la guerra” (Anónimo, 1881, p. 11).

En tres días, 265 sospechosos fueron arrestados y llevados a un barco de guerra anclado en el puerto. Entre ellos figuraban varios miembros destacados de la comunidad afro-santiaguera como Lucas Mesa, Francisco Nápoles y Pedro Domínguez.²¹ Fueron llevados sin juicio a la fortaleza militar española de Fernando Poo, donde la mayoría permaneció encarcelada hasta 1886 (Bacardí, 1908-21, Vol. VI, p. 140). Apenas cuatro personas pudieron escapar inicialmente de las redadas, que fueron llevadas a cabo en su mayoría por tropas leales formados de milicianos mulatos y negros leales, con lo que Polavieja quiso demostrar que no toda la población de color estaba conforme con la conspiración

²⁰ AGI, Diversos, Leg. 8, Ramo 4.5.

²¹ En un primer momento Lucas Mesa pude escapar y viajó a La Habana para inquirir con el Capitán General los motivos de su aprehensión. Pero acto seguido fue deportado y murió en una cárcel en España. Véase Bacardí, 1908-21, Vol. VI, p. 369.

(Anónimo, 1881, p. 12). En cualquier caso, las consecuencias para la comunidad afrodescendiente de Santiago de Cuba fueron desastrosas, como demuestra una carta dirigida a Antonio Maceo, también interceptada entre los documentos de Polavieja, en la que se responde a la voluntad de emprender nuevas acciones:

[...] la situación no permite por hoy aquí más que sufrir y callar, nada podemos hacer por ahora, tal vez cuando cambie el gobierno del Gral. Blanco puede ser otra cosa porque entonces cambiarán al que hoy tenemos aquí y se podrá hacer algo, pero con Polavieja nada nos dará otro resultado del que hubo últimamente, deportar a muchos que con esto reducir el número con que puede contarse.²²

Posiblemente, este golpe que el gobernador Polavieja proporcionó a la numerosa comunidad de afrodescendientes en Santiago de Cuba explica por qué esta permaneció políticamente tan pasiva durante la próxima década, antes de iniciarse los preparativos para la segunda guerra de independencia. Mientras que, en prácticamente toda la isla, los afrocubanos aprovecharon las nuevas posibilidades de asociación y libertad de prensa para formar corporaciones mutualistas o fundar periódicos por y para mulatos y negros —como *La Fraternidad* de Juan Gualberto Gómez en La Habana y *El Pueblo* de Martín Morúa Delgado de Matanzas, los afrocubanos en el Oriente, con su gran peso demográfico, permanecían extrañamente mudos. “El Pueblo” tenía agencias en casi todas las ciudades importantes de la isla, excepto en Santiago de Cuba. Ni un solo periódico comparable apareció en esta ciudad que, junto a La Habana, albergaba el mayor número de mulatos y negros letrados (Deschamps Chapeaux, 1963). Cuatro décadas después de que la persecución desencadenada por “La Escalera” había golpeado a la comunidad afrocubana en La Habana y Matanzas, el Oriente también había vivido, al parecer, su “año del cuero”, menos cruel y sangriento, pero igual de devastador para la clase media intelectual que se estaba formando.

²² AGI, Diversos, Leg. 8, Ramo 1.4.

La cuestión emancipadora

Hasta ahora no se ha abordado en este artículo la cuestión del abolicionismo. Dada la situación colonial y el conflicto bélico de la independencia, en Cuba no se estableció un movimiento abolicionista de arraigo popular como en Estados Unidos, o en la década de 1880 en Brasil. Esto no quiere decir que la población de color libre estuviera desinteresada en el tema. La negativa de Maceo en la protesta de Baraguá a aceptar una paz con España sin liberar a los esclavos es una prueba contundente de que la solución de este problema ya no podía separarse de la cuestión social y política. Las conspiraciones, como la liderada por Agustín Da, Francisco Guillot y Carlos Reginfo en El Cobre en 1867, al parecer buscaron apoyo social para sus planes entre los esclavos de los cafetales cercanos. No obstante, debido a la política española de desterrar cualquier discusión sobre la emancipación de la opinión pública, de convertirla en un asunto exclusivo del Consejo de Ministros, es difícil evaluar hasta qué punto la suerte de los esclavos en Cuba afectaba a las conversaciones privadas de los llamados “libres de color”. Hay que tener en cuenta, además, que una proporción no despreciable de ellos habían sido ellos mismos propietarios de esclavos, mientras que otros poseían familiares y parientes todavía en esclavitud (Kemner, 2014). Durante la primera guerra de independencia, la liberación de esclavos fue ciertamente un objetivo, como atestiguan los actos de la “División de Cuba” dirigida por Antonio Maceo. En la medida de lo posible, los esclavos fueron liberados de las plantaciones e integrados en las tropas.

Poco después del final de la Guerra Grande y de la Guerra Chiquita, España proclamó la abolición de la esclavitud, al principio todavía bajo la máscara de un sistema de patronato. Sin embargo, como la institución tenía así una fecha concreta de caducidad, a diferencia de lo que ocurrió en Brasil, no fue necesario crear un movimiento de emancipación popular para adelantar el proceso de emancipación sobre todo en el oriente de la isla, donde el sistema esclavista de facto

ya había sido superado como consecuencia de las destrucciones ocurridas durante la Guerra de Independencia (Scott, 1985; Drescher, 1988). El adelanto final de la emancipación de los últimos patrocinados no fue motivo de estallidos espontáneos de alegría. Emilio Bacardí se limita a anotar escuetamente en la entrada de sus crónicas el 7 de octubre de 1886: “Festejos Abolicionistas: Fueron los organizadores el Sr. Agustín Ramón Duany y unos pocos individuos de la clase de color que por haber puesto los festejos bajo el patrocinio del ‘Circulo Español’, solo obtuvieron escaso lucimiento y pobre concurrencia” (Bacardí, 1908-21, Vol. VII: p. 177). De esta manera, el día de la abolición definitiva de la esclavitud en Cuba nunca adquirió la importancia como el “Dois de Maio” en Brasil, como una celebración nacional del fin de la esclavitud, pero también de la conmemoración de este régimen.

Conclusiones

El bosquejo presentado en este capítulo sirvió para poner de manifiesto que existe una tradición de reclamación de demandas y de activismo político de parte de la población afrocubana libre en el siglo XIX que son antecedentes para lo que luego tuvo mayor relevancia una vez que se constituyó la primera república.

Si bien, los mulatos y negros libres no jugaron un papel puntero en el pronunciamiento liberal del general Lorenzo en 1836 hubo perceptibles procesos de politización y la creación de una Milicia Nacional integrada. Apenas treinta años más tarde, sin embargo, formaban la columna vertebral del Ejército insurrecto que desencadenó la primera revuelta independentista anticolonial. Antonio y José Maceo, Quintín Banderas, Flor Crombet, y Guillermo Moncada fueron algunos de los afrodescendientes que ascendieron a posiciones de liderazgo militar en el Ejército Mambí. Entre estos dos acontecimientos hubo tres décadas de creciente confrontación entre las fuerzas coloniales y anticoloniales. La represión que siguió a la conspiración

de La Escalera afectó principalmente a la población afrodescendiente en el occidente, situada en La Habana, Matanzas o Cárdenas, a pesar de que, también en el oriente los “libres de color” estaban bajo un escrutinio severo por su peso demográfico en esta región y la proximidad geográfica con Haití y Jamaica, islas libres de esclavitud.

Las actividades conspirativas no disminuyeron ni siquiera tras el desenlace de la Primera Guerra de la Independencia y la posterior Guerra Chiquita. Sin embargo, el descubrimiento de una nueva conspiración a finales de 1880, que el gobernador Camilo de Polavieja atribuyó exclusivamente a mulatos y negros libres, y que fue respondida de parte de las autoridades con numerosos destierros de supuestos involucrados en el nuevo movimiento insurrecto, fue un golpe importante para la clase media afrocubana en el oriente. Con estas medidas represivas se desarticulaban durante muchos años las ambiciones políticas de este grupo social que seguía formando la mayoría en Santiago de Cuba, la segunda ciudad más importante de la Isla. A diferencia del occidente de la Isla, como lo demuestran los siguientes capítulos de Oilda Hevier y de Tomás Fernández Robaina y Alejandro Hall Lujardo, no se estableció en esta época de la “tregua fecunda” una intelectualidad afrocubana influyente que promoviera la cohesión interna de la población afrodescendiente en esta región, por ejemplo, mediante la publicación de periódicos. Este resurgimiento tuvo que aplazarse hasta los inicios de la República, cuando el Oriente se convirtió nuevamente en el escenario principal de las demandas afrocubanas.

Bibliografía

- Andrews, George Reid (2007). *Afro-Latinoamérica. 1800-2000*. Madrid: Iberoamericana-Verduert.
- Anónimo (1881). *Conspiración de la Raza de Color descubierta en Santiago de Cuba el 10 de diciembre de 1880, siendo Comandante General de la Provincia el Excmo. Sr. Teniente General Don Camilo Polavieja y Castillo*. Santiago de Cuba.
- Bacardí Moreau, Emilio (1908-1921). *Crónicas de Santiago de Cuba*, 10 vols. Barcelona: Tip. de Carbonell y Esteva.
- Childs, Matt D. (2006). *The 1812 Aponte Rebellion in Cuba and the Struggle against Atlantic Slavery*. Chapel Hill: University Press.
- Collazo, Enrique (1912). *Cuba heroica*. La Habana: Impr. La Mercantil.
- Conrad, Robert (1973). Neither slaves nor free. The Emancipados of Brazil, 1818-1868. *Hispanic American Historical Review*, 53(1), 50-70.
- Cue Fernández, Daisy (1981). Plácido y la Conspiración de la Escalera. *Santiago*, 42, 145-206.
- Curry-Machado, Jonathan (2003). Catalysts in the Crucible: Kidnapped Caribbeans, Free Black British Subjects and Migrant British Machinists in the failed Cuban Revolution of 1843. En Naro, Nancy Priscilla (Ed.), *Blacks, Coloureds and National Identity in Nineteenth-Century Latin America* (pp. 123-141). London: University of London Press.
- Deschamps Chapeaux, Pedro (1963). *El Negro en el Periodismo Cubano en el siglo XIX. Ensayo Bibliográfico*. La Habana: Ediciones Revolución.
- Deschamps Chapeaux, Pedro (1971). *El Negro en la economía habanera del siglo XIX*. La Habana: Ediciones Revolución.
- Drescher, Seymour (1988). Brazilian Abolition in Comparative Perspective. *Hispanic American Historical Review*, 68(3), 429-460.
- Ferrer de Couto, José (1864). *Los negros en sus diversos estados y condiciones; tales como son, como se supiere que son y cómo deben ser*. New York: s/d.

Ferrer, Ada (1999). *Insurgent Cuba. Race, Nation, and Revolution, 1868-1898*. Chapel Hill/London: University Press.

Franco, José Luciano (1974). *Ensayos Históricos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

García Rodríguez, Gloria (2003). *Conspiraciones y revueltas. La actividad política de los negros en Cuba (1790-1845)*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente.

Howard, Philip A. (1998). *Afro-Cuban Cabildos and Societies of Color in the Nineteenth Century*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.

Instituto de Historia de Cuba (1996). *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales 1868-1898*. La Habana: Editora Política.

James Figarola, Joel (2004). Fundamentos sociológicos de las revoluciones cubanas. La Guerra de los Diez Años. *Del Caribe*, 43, 3-15.

Kemner, Jochen (2014). ¿No soy un hombre y un hermano? Los significados de la libertad para los afrodescendientes en la sociedad colonial cubana del siglo XIX. En Quintero González, José (Coord.): *El nacimiento de la libertad en la península ibérica y Latinoamérica. Actas del XVI Congreso Internacional de AHILA* (pp. 405-425). San Fernando [CD-ROM].

Kemner, Jochen (2019). Der lange Schatten Saint-Domingues: Politischer Wandel und Beharrungskräfte in der Karibik. En Büschges, Christian y Rinke, Stefan (Coords.), *Dokumente zur Geschichte der europäischen Expansion. Das Ende des alten Kolonialsystems* (pp. 293-338). Wiesbaden: Harrasowitz.

Labarre, Roland (1986). La conspiración de 1844: un “complot por lo menos dudoso” y una “atroz maquinación”. *Anuario de Estudios Americanos*, 43, 127-141.

Lebroc Martínez, Reinerio G. (1992). *San Antonio María Claret, arzobispo misionero de Cuba*. Madrid: Misioneros del Ido. Corazón de María.

Leclercq, Cécile (2004). *El lagarto en busca de una identidad. Cuba: identidad nacional y mestizaje*. Fráncfort/Madrid: Vervuert-Iberoamericana.

Llanes Miqueli, Rita (1984). *Víctimas del año del cuero*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Llaverías, Joaquim (1929). *La comisión militar Ejecutiva y Permanente de la Isla de Cuba*. La Habana: Imprenta “El Siglo XX”, A. Muñiz.

López Serrano, Alfredo (2001). *El general Polavieja y su actitud política y militar*. Madrid: Centro de Publicaciones, Ministerio de Defensa.

Maia Mata, Iacy (2019). *Conspiraciones de la raza de color. Esclavitud, libertad y tensiones raciales en Santiago de Cuba (1864-1881)*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Mollin, Volker (2002). *Guerra pequeña, guerra olvidada*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente.

Morales y Morales, Vidal (1901). *Iniciadores y primeros mártires*. La Habana: Consejo Nacional de Cultura.

Moreno Fragonal, Manuel (1995). *Cuba/España, España/Cuba. Historia común*. Barcelona: Crítica.

Navarro García, Jesús Raúl (1991). *Entre esclavos y constituciones (El Colonialismo liberal de 1837 en Cuba)*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos.

Palmie, Stephan (2002). *Wizards & Scientists. Explorations in Afro-Cuban Modernity & Tradition*. Durham: Duke University Press.

Paquette, Robert L. (1988). *Sugar is made with blood — The conspiracy of La Escalera and the conflict between empires and slavery in Cuba*. Middletown: Wesleyan University Press.

Portuondo, Octavio (1981). *Presencia de Santiago en la Guerra del 68*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente.

Portuondo, Olga (2003). *Entre esclavos y libres de Cuba Colonial*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente.

Roldán de Montaud, Inés (1982). Origen, evolución y supresión del grupo de negros “emancipados” en Cuba, (1817-1870). *Revista de Indias*, 42(169), 559-641.

Roldán de Montaud, Inés (1985). Organización municipal y conflicto en la villa de El Cobre (1827-1845). *Santiago*, 60, 121-145.

Scott, Rebecca J. (1985). *Slave Emancipation in Cuba. The Transition to Free Labor, 1860-1899*. Princeton: University of Pittsburgh Press.

Tomich, Dale (2004). *Through the Prism of Slavery: Labor, Capital, and World Economy*. Landham MD: Rowman and Littlefield.

Yacou, Alain (1993). La insurgencia negra en la Isla de Cuba en la primera mitad del siglo XIX. *Revista de Indias*, 53(197), 23-51.

Zeuske, Max (1982). Der Zehnjährige Krieg 1868-1878 und die Unabhängigkeitsrevolution Kubas 1895-1898. En: Kossok, Manfred (Coord.), *Revolutionen der Neuzeit, 1500-1917* (pp. 449-474). Vaduz: Topos.

Zeuske, Michael (2001). Los negros hicimos la independencia aspectos de la movilización afro cubana en un hinterland cubano. Cienfuegos entre Colonia y República. En: Martínez Heredia, Fernando; Scott, Rebecca J.; García Martínez, Orlando F. (Coords.), *Espacios, silencios y los sentidos de la libertad. Cuba entre 1878 y 1912* (pp. 193-228). La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Zeuske, Michael (2004). *Schwarze Karibik. Sklaven, Sklavereikultur und Emanzipation*. Zürich: Rotpunkt Verlag.